

no las consideraba sujetos políticos, y haciendo sentir sus voces para contrarrestar un orden social patriarcal, colonial y opresor.

Los diferentes capítulos, desde sus diversas perspectivas, dejan entonces un mensaje claro: es importante seguir construyendo genealogías de mujeres y continuar con el trabajo comenzado por otras estudiosas feministas, no solo para recuperar y celebrar sus obras y figuras, sino para entender como contribuyeron a nuestras historias, continúan delineando nuestro presente, y nos pueden ayudar a imaginar un mejor futuro posible.

Laura Valentina Coral Gómez  
Alma Mater Studiorum - Università di Bologna  
valentina.coralgomez@unibo.it

LORENZO ARRIBAS, Josemi y PÉREZ MARTÍN, Sergio: *Excursiones zamoranas, 1903-1904. Epistolario de Manuel Gómez-Moreno y Elena Rodríguez-Bolívar*. Zamora, Semuret, 2017. 319 págs.

El volumen *Excursiones zamoranas...* recoge la correspondencia escrita por Manuel Gómez Moreno y Elena Rodríguez-Bolívar y dirigida a sus respectivas familias durante los dos periodos que pasaron en esa provincia entre 1903 y 1904 realizando el *Catálogo monumental de la provincia de Zamora*. A través del epistolario podemos acercarnos a asuntos tan dispares como la organización de la tutela del patrimonio histórico en España a principios del siglo xx, al concepto de monumento de la época, a la metodología de trabajo de la Historia del Arte y la Arqueología, a las vicisitudes políticas del momento o a algunos de los personajes relevantes de la época tanto en la vida cultural como social, como Miguel de Unamuno o Emilia Pardo Bazán.

Los editores dividen el libro en dos grandes bloques, uno primero dedicado al análisis de las aportaciones del epistolario en cuanto al conocimiento del patrimonio histórico zamorano y un segundo, que se ocupa de la transcripción de las cartas de la pareja con su familia en Granada (que supone el grueso del volumen) y en el que introducen algunas notas breves para su completa comprensión.

Dos cosas me resultan interesantes en la lectura, la primera es que estas cartas son valiosas por la función comunicativa que ejercen y que, además, y más allá del contenido, del dato, del hecho que narran, nos están informando sobre emociones; gracias a ellas somos capaces de entender caracteres y formas de ser. La segunda es que un epistolario supone una colección de momentos al azar, que el tiempo y las circunstancias han respetado, pero que a pesar de sus discontinuidades son altamente informativos. A través de ellas entendemos las prácticas cotidianas del matrimonio en su periplo castellano leonés.

Si bien la primera parte del volumen es de un enorme interés para comprender las circunstancias en las que las cartas fueron escritas y suponen, como hemos mencionado, una fuente de información imprescindible para entender el trabajo ingente que la pareja realizó durante esos meses, para mí el libro tiene una segunda lectura igualmente interesante. Una lectura que supone descubrir la cotidianeidad de las relaciones y el mantenimiento de los vínculos a través de esas misivas y es, en esa cotidianeidad, donde descubrimos a Elena Rodríguez-Bolívar. Sin duda es un gran acierto por parte de los autores, el incluir en el título de la obra su nombre, es muy merecido tanto por su participación en la redacción de las cartas, como por ser ella la que mantiene el hilo conductor de la correspondencia.

Es cierto que una de las primeras cosas que vienen a la cabeza cuando nos enfrentamos a la lectura de este tipo de documentos es que esas cartas no fueron pensadas para ser leídas más que por sus destinatarios; así, tenemos una cierta sensación de que estamos invadiendo una “intimidad familiar”. A través de su lectura entramos en la zona íntima, la de las relaciones, la de la confianza, la de las bromas, la de la ironía, la del enfado, el lugar y el momento en el que los sujetos que escriben se exponen a la persona que, desde fuera, las lee. Pero también, gracias a ellas, descubrimos lo invisible, el trabajo oculto, el carácter de quien escribe, y en este caso, las cartas nos llevan a descubrir la enorme personalidad de Elena Rodríguez-Bolívar.

La presencia de Elena es evidente en los dos ámbitos, el académico y el de lo personal. En el primero de ellos observamos su aportación al catálogo, tan importante que se debería reivindicar su coautoría, el ejemplo de este matrimonio es uno de tantos de ‘parejas científicas’ en Historia de la Ciencia, en la que el trabajo de apoyo, de detalle, de conversación, queda invisibilizado, y estas cartas suponen un importante recurso para reconocer esas aportaciones. Elena es muy inteligente, culta, con una sólida formación en historia, música e idiomas, y unas grandes dotes de observación. Ella recorre con Manuel, sobre todo durante la primera estancia en Zamora, iglesias, conventos, plazas, fortalezas, pero además toma y revela fotografías, hace de traductora para Manuel, transcribe los apuntes de su marido, ordena la documentación e informa a Manuel Gómez-Moreno (padre) del desarrollo y de los resultados del trabajo de su hijo mientras él está fuera “aunque sea meterme en camisa de once varas” (p. 148). E incluso cuando sin mayor intención describe algunos de los momentos que pasaba a solas, nos proporciona valiosa información sobre fiestas, costumbres y hábitos de los distintos pueblos que van visitando, como sucede con la descripción de las fiestas de Bermillo (p. 114). Sin duda, el trabajo del historiador del arte hubiera sido mucho más complicado sin Elena a su lado.

Pero, además, es ella la que mantiene las relaciones con el resto de la familia y sostiene vínculos sociales tan importantes en determinados lugares, que hace que las puertas se abran para la pareja allá donde van, él mismo reconoce esa valiosa ayuda (p. 160). Respecto a las cartas a la familia, mientras que Manuel Gómez-Moreno se dirige casi siempre a su padre para contarle las peripecias de las relaciones pro-

fesionales, las visitas académicas, la descripción del trabajo (a veces con un gran nivel de detalle) o comentan aspectos relacionados con los monumentos, es cuando le llega el turno a Elena, en esas cartas escritas al alimón, cuando conocemos a otros miembros de la familia. Se preocupa por hermanos, tías, conocidas, amigos, les sonsaca sobre la salud, los estudios y los amores, recuerda cumpleaños y días de santo, narraciones que demuestran una relación afectuosa y cariñosa entre las familias. Un reparto de transmisión de la información que se rompe en pocas ocasiones.

Elena mantiene la cotidianidad, cose, alimenta, cuida, mantiene las relaciones de amistad allí donde va, se preocupa por los asuntos económicos cotidianos, por el frío y el calor, por la limpieza de las habitaciones en las que se hospedan, por la intendencia de los viajes. En ella descubrimos una mujer a veces irónica y bromista, recurso que utiliza cuando no está conforme con alguna situación, como cuando se queja de que su madre no contesta a sus cartas (p.89) o en determinadas referencias a Manuel Gómez-Moreno (su suegro). Es esta una curiosa relación, Manuel Gómez-Moreno dulcifica el tono cuando se dirige a ella, le trasmite información sobre su madre, de la que le cuenta “cominerías”, preocupaciones cotidianas sobre los arreglos, el mobiliario o las telas de la casa de la pareja; en una de las cartas que Elena escribe sola a sus suegros agradece el recuerdo por su primer aniversario de boda y refiriéndose a un comentario de una misiva anterior bromea: “¡Bien por los consejos del señor padre! Me ha hecho mucha gracia ver como... arrima el ascua a su sardina, aconsejándome que haga feliz a su hijo. ¿Y al hijo no le aconseja usted que me haga feliz a mí? Conste que los dos hacemos lo que podemos...”. Inmediatamente Elena hace hincapié en que es una broma, pero termina... “nos hizo gracia (el comentario), y no había para que callarse” (p. 122).

Es en los momentos en los que Manuel y Elena están separados, sobre todo durante la estancia de 1904 cuando observamos la relación de confianza y amor de la pareja, una admiración mutua aunque siempre algo más comedida en las expresiones por parte de Manuel, que debió ser (como dejan entrever algunos comentarios que hace en algunas cartas) algo más hosco. Resulta curioso observar cómo, a pesar de que Elena no viaja con Manuel porque en ese verano está embarazada, en las múltiples cartas que se dirigen, no hay mención al embarazo. Un embarazo que terminará, como en tantas otras ocasiones, con la actividad científica (no reconocida) de ella.

Elena es un soporte imprescindible, tanto en lo académico como en lo cotidiano, para Manuel, entre otras cosas porque le permite despreocuparse de los múltiples aspectos de la vida diaria, de algunos de los trabajos más tediosos de su encargo y del cuidado de las relaciones familiares. Una despreocupación que no le impide disfrutar de las ventajas de una cotidianidad placentera, de los resultados de trabajo reconocido o de unos vínculos fuertes con su familia porque Elena le proporciona las herramientas para hacerlo.

Las mujeres no están presentes en los discursos históricos, ni lo están en la historiografía, en ese relato bibliográfico y crítico sobre historia, sus fuentes y su

autoría. Reconocerlas, por tanto, en determinadas fuentes resulta prácticamente imposible, es precisamente en estos escritos, en cartas, en notas, en comentarios, como podemos reconstruir la aportación de las mujeres a la ciencia y a la historia. Leer este epistolario supone descubrir la figura de Elena Rodríguez-Bolívar, una de esas tantas mujeres invisibilizadas, es de agradecer que los autores nos la hayan descubierto y que su nombre figure en la portada, como le corresponde.

Margarita Sánchez Romero  
Universidad de Granada  
marsanch@ugr.es

RAMOS PALOMO, M.<sup>a</sup> Dolores y ORTEGA MUÑOZ, Víctor J. (coords.): *Biografías, identidades y representaciones femeninas. Una cita con la historia*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2019.

*Biografías, identidades y representaciones femeninas* reúne trabajos de diferentes investigadoras e investigadores que se han interesado desde diversas perspectivas por las trayectorias vitales de mujeres que vivieron en diferentes momentos históricos. Se trata de una obra colectiva que resulta pertinente y necesaria por su atención a uno de los grupos subalternos más marginados en los estudios biográficos. Los once capítulos que la componen atienden a la forma en que el poder (en sentido foucaultiano) atraviesa las experiencias vitales de las mujeres, salpicadas de episodios de resistencia e insumisión. También comparten su preocupación por otras categorías analíticas como las de etnia, raza, religión o clase social que, junto a la de género, conformaron las múltiples identidades de las mujeres en el pasado. Todo ello sin olvidar los ecos de estas apreciaciones en el presente, al que se hacen constantes alusiones. Otro de los elementos transversales a varios de los trabajos tiene que ver con las manifestaciones de solidaridad y sororidad entre mujeres, aún en coyunturas históricas muy dispares y en contextos espaciales y temporales muy alejados entre sí. La delimitación cronológica de las investigaciones contenidas en este volumen resulta realmente ambiciosa, abarcando desde la época medieval hasta el siglo xx. Lo mismo ocurre con el marco geográfico, que se extiende desde España a Japón, pasando por Francia y el mundo árabe. Casi todas ellas atienden a contextos urbanos, aunque también las hay que prestan atención a ámbitos rurales, como el capítulo segundo a cargo de Carlota Á. Escudero y Agustina Hidalgo.

El volumen comienza con una introducción a cargo de los coordinadores, los profesores de la Universidad de Málaga María Dolores Ramos Palomo y Víctor J. Ortega Muñoz, que sirve como base teórica a los capítulos que la siguen. En ella se hace un recorrido por la teoría y la práctica feministas: desde *La ciudad de las damas*, de Christine de Pizan (1405), a los trabajos de Joan Scott sobre el género,